
COSTA CARIBE

Editor provisional: José Mejía Lacayo

jtmejia@gmail.com

Celular: (504) 9123314 (USA)

Recibimos sus artículos orientados a promover el conocimiento de la Costa Caribe entre los nicaragüenses de las otras regiones del país.



La Costa Caribe dista mucho de ser la región atrasada que ustedes creen. Quizás el mejor ejemplo son sus dos universidades:

Universidad de las Regiones Autónomas de la Costa Caribe Nicaragüense, (URACCAN), acreditada en 1992 con recintos en Bluefields, Nueva Guinea, Bilwi y Las Minas. URACCAN mantiene un portal web en <http://www.uraccan.edu.ni/home.seam> con una biblioteca virtual de tesis, y libros publicados por la universidad; publica además la revista impresa [Ciencia e Interculturalidad](#); y *Bluefields Indian and Caribbean University* (BICU) fundada en 1991, con recintos en Bluefields, Ciudad Rama, Corn Island, Pearl Lagoon, Paiwas, Bilwi, Bonanza y Waspam. BICU mantiene un portal de revistas en <http://revistas.bicu.edu.ni/index.php/wani/issue/archive> con todas las ediciones digitales de WANI, la revista del Caribe Nicaragüense, publicada por el Centro de Investigaciones y Documentación de la Costa Atlántica (CIDCA).



La población de las regiones autónomas del Caribe Norte fue de 314,130 y la del Sur de 306,510 según censo de 2005. Juntas suman 620,640 habitantes o el 12.07% de todo el país. ■

Remontando el Río Wanks

Ephraim G. Squier

Remontando El Río Del Cabo • Imponente Escenario • Tormenta En La Montaña • Influencia De Rayos Lunares • Río Tirolas • Arroyos De Montaña • Pintoresco Embarcadero • Dulce Campamento • Accidente • Guardando Cama • Muchacho Paya A Buscar Ayuda • Pronta Recuperación • Monos • Encuentro Con Jabalíes • Comer O Ser Comido, Gran Diferencia • Regreso Del Paya • Abandono De La Canoa • Otra Vez "El Moro" • Ascenso A Las Montañas • Otro Temporal • Reflexiones Sobre El Fuego.

Extraído de Waikna, Aventuras en la Costa de la Mosquitia por Ephraim G. Squier [Samuel A. Ward]. Managua: Fundación Uno, 2005. Traducción de Lilliam Levy Guevara, José Francisco Buitrado y Jorge A. Fieldier. Las ilustraciones en colores fueron agregadas por el editor.



POR LOS TRES DÍAS que siguieron a la partida de H— mantuvimos nuestro trayecto remontando el gran río del Cabo. La corriente crecía conforme avanzábamos, y en el cauce empezaron a aparecer grandes rocas de cuarzo y

granito. También el valle del río se angostaba al punto de merecer el nombre de garganta. A veces ocurría que, por varias millas continuas, íbamos confinados entre altas montañas, cuyas cimas áridas y abruptas se erguían hasta mitad del cielo, interponiendo barreras infranqueables a las nubes cargadas de vapor que los vientos alisios del noreste acumulan sobre los declives orientales, donde se precipitan en lluvias casi incesantes. La noche y la tormenta se nos vinieron encima en uno de esos gigantescos riscos montañosos. Los truenos parecían rodar sobre los picos de granito; los rayos fulguraban cuesta abajo por las hendiduras laderas, y se reflejaban en las oscuras aguas del torrencial río. El habitante de latitudes septentrionales difícilmente comprendería descripción alguna de una tormenta tropical. Decir que el trueno es incesante, no infundiría en su mente el terror de estos prolongados retumbos que parecen originarse en el horizonte, encrespase hacia el cenit con creciente ímpetu, acallarse por un momento y luego estallar sobre tierra con cegador destello, y el concentrado estrépito que hace estremecerse las montañas hasta sus cimientos. No de una sola dirección, sino de todos los puntos cardinales los elementos parecen reunirse en un feroz encuentro, y el trueno estalla y los rayos destellan por un centenar de grietas en el lóbrego cielo. Tan intensa y cegadora es la chispa eléctrica, que por varias horas después de una fuerte tormenta he tenido esporádicos ataques de ceguera, acompañados de intensos dolores en los ojos. Me di cuenta que a mis compañeros indios les afecta del mismo modo, y que para evitar consecuencias dañinas, siempre que hay tormenta se cubren los ojos con pañuelos empapados en agua. Cabe mencionar aquí que los indios abrigan muchos prejuicios sobre la electricidad, lo mismo que sobre el efecto de los rayos de la luna. Jamás duermen con el rostro expuesto a su luz, y tampoco pescan en las noches cuando está sobre el horizonte. En tales ocasiones buscan siempre la sombra más densa para levantar ahí el campamento. Sostienen que quien se expone a sus rayos sufre la distorsión de sus rasgos físicos, y el inmediato empeoramiento de heridas y moretones donde reciben la luz de la luna. Después me di cuenta que los cortadores de caoba en la costa norte no talan nunca sus árboles en ciertos períodos de la luna, pues afirman que la madera que se corta en esos días no sólo se hiende o se raja fácilmente, sino que también es más propensa a pudrirse. Los

Remontando el Río Wanks

© Ephraim G. Squier – editor@temasnicas.net



Cabo Viejo

indios tienen la misma noción en cuanto al efecto de la luz de luna en los hombres y animales, y la fundamentan en el hecho de que los animales por sí mismos procuran siempre resguardarse de la luna cuando eligen sus guaridas nocturnas.

Habíamos ya remontado el río desde el Cabo por cinco días cabales, y según mis cálculos, habíamos avanzado ciento veinte millas. El indio paya conocía a la



EMBARCADERO ON THE TIROLAS.

perfección el río, pues varias veces había bajado por él con gente de su villa en sus visitas semestrales a la costa. Me contó que en esas visitas habían llevado liquidámbar, unos cuantos cueros de venado, un poco de achiote y zarzaparrilla, y a su regreso habían traído puntas de hierro para sus flechas, cuchillos, machetes y unos cuantos artículos ornamentales.

En la noche del quinto día acampamos en la desembocadura del Tirolas, una corriente considerable que entra en el Wanks procedente del norte, y por éste seguimos rumbo a la mañana siguiente. El avance era ahora lento y fatigoso, debido a la rapidez de la corriente y a las numerosas rocas y árboles caídos que obstruían el cauce. El río serpenteaba entre cerros, que aumentaban de altura a medida que nos internábamos, hasta que descubrimos que nos aproximábamos a la gran cordillera de montañas que atraviesa el país del suroeste al noreste y constituye la "división" o parteaguas, según supe después, entre el valle del río del Cabo y las corrientes que fluyen hacia el norte, con rumbo a la bahía de Honduras:²¹ Hora tras hora nos acercábamos a esta gran barrera, que presentaba un empinado frente, al parecer inaccesible. Me sentí muy consternado cuando el indio paya me dijo que la villa de su gente quedaba más allá de esta cordillera, y que nos veríamos obligados a escalarla para llegar a ella. Con todo, no había más alternativa que seguir adelante, así que no me preocupé más, aunque no dejaba de pensar cómo haríamos para escalar esas vertiginosas cumbres, que parecían más y más abruptas conforme nos aproximábamos a ellas.

A la segunda noche después de dejar el gran río llegamos al embarcadero del Tirolas, un sitio donde dos raudas corrientes saltan sobre lechos rocosos para unirse en una plácida poza de aguas claras, situada en la propia base de las montañas. Era un lugar de incomparable belleza. La poza tenía quizás cien yardas de anchura, y en algunos lugares veinte a treinta pies de profundidad. Sin embargo, era tan límpida que se veía con absoluta nitidez todo guijarro en el lecho y todo pez que nadara en su cristalina profundidad. A un lado se erguían enormes peñones grises de granito, cubiertos de lianas y sombreados por grandes árboles de extendida copa, cuyas ramas, tupidas de cerúleas hojas y de las flores de innumerables plantas aéreas, proyectaban sobre el agua sombras anchas y oscuras. Al otro lado había una tersa playa de arena, completamente guarecida del sol por grandes árboles, bajo los cuales estaban encalladas unas canoas, bien protegidas de la intemperie por toscas enramadas de palma. Estas canoas pertenecían a los indios paya, que las empleaban para viajar al Cabo. Un poco más abajo del río había palmares y grandes parcelas de banano y plátano que

²¹ Squier se refiere a la cordillera Entre Ríos, que separa el río Coco del río Patuca.

parecían haber sido cultivados con esmero por los indios durante sus visitas a este pintoresco embarcadero.

Los oblicuos rayos del atardecer caían sobre una mitad de la poza, donde los rizos del agua se sucedían lanzando sus destellos a la playa, mientras que en la otra parte las rocas y la floresta proyectaban sus sombras oscuras y frías. Y cuando nuestra canoa surgió de su seno transparente, no pude dejar de secundar el grito de júbilo del muchacho paya. También "El Moro" sacudió sus vistosas alas y parlotó de regocijo. Unos cuantos remazos vigorosos y nuestra canoa descansó la mitad de su cuerpo sobre la arenosa playa, las afiladas piedrecillas raspando gratamente bajo su quilla. Al menos por el momento ya había tenido yo bastante de lagunas y ríos. Una nueva emoción me aguardaba entre las cumbres vertiginosas y las soledades incólumes de la montaña. Adiós dije, pues, a la constreñida canoa y a la interminable sucesión de riberas bajas y enmarañadas. ¡Qué bello es sentirse con el cuerpo libre y el pecho abierto a la naturaleza!

Con alegre presteza mis compañeros y yo pusimos manos a la obra de erigir nuestro campamento en la limpia arena seca. Después Antonio vino cargado de dorados racimos de plátanos, mientras la lanza del muchacho paya se hundía en las claras aguas de la poza con infalible destreza. El fuego que empezaba a arder, el murmullo de los torrentes de las montañas, el distante rugido de la feroz pantera, la satisfacción de haber cumplido sin mayor percance una ardua empresa, las grandes expectativas de nuevas aventuras, y la consciencia de ser el primer hombre blanco que se aventuraba en estos ignotos confines; todo ello se sumaba al contagioso júbilo de mis fieles compañeros, y se combinaba para dar el más entusiasta giro y ribete al gozo de la noche. En mis horas oscuras su recuerdo acude a mi alma como un rayo de sol que hiende un cielo nublado, "un gozo para siempre: Benditos recuerdos que nos permiten vivir una y otra vez los deleites del pasado, y dan inagotable solaz a una mente dichosa.

Esa noche hice formal regalo de la canoa y sus enseres al muchacho paya, y seleccionamos aquellos artículos que nos eran indispensables, dejando lo demás para que los indios lo enviaran después, cuando llegáramos a la villa. Mi intención era emprender viaje en la madrugada del día siguiente; pero en la mañana desperté con un pie tan inflamado y adolorido que no podía ponerme la bota ni caminar salvo con gran dificultad. La causa era al parecer nimia. Durante el día anterior, el agua en el Tirolas era tan poco profunda que muchas veces fue necesario salir de la canoa y aligerarla, a fin de pasar los diferentes rápidos. Así que me quité las botas y me metí en el agua con los pies descalzos. Recuerdo haber tropezado con un canto rodado, que se deslizó y me lesionó el tobillo. La lesión, empero, era tan leve que no pensé más en ella. Pero por esta nimiedad tenía ahora el pie y el tobillo hinchados a casi el doble de su tamaño, lo que, al menos por el momento, hacía imposible continuar el viaje. En los trópicos es común que de causas leves resulten consecuencias graves. He sabido que el

tétanos puede sobrevenir a causa de una heridita del tamaño de un garbanzo, que se hace al tratar de abrir la cápsula en que está envuelta la nigua o *chigoe*, insecto que se introduce en la planta del pie.

De inmediato se requirieron las destrezas de mis compañeros. Hicieron una cataplasma de plátanos maduros horneados al rescoldo, amasada con aceite de coco, y me la aplicaron caliente en la parte afectada. Hecho esto, arrastraron la canoa y construyeron sobre ella una techumbre provisional, para protegerme de la intemperie, en caso de que empeorase el clima. Pasé toda la noche quejándome, pues el dolor era muy agudo y la se extendía cada vez más arriba, hasta alcanzar la rodilla. Las cataplasmas no tuvieron efecto perceptible. En tales circunstancias, decidí enviar al joven paya a su villa, en busca de ayuda. Me dijo que distaba unos cinco días, pero que a marchas forzadas podría llegar en cuatro. Se resistía a dejarme, pero al día siguiente, como no mejoraba mi pie, obedeció mis órdenes y emprendió la marcha, llevando consigo sólo un poco de carne seca, su lanza y su arco.

Antonio redobló sus atenciones, y yo ciertamente las necesitaba. El dolor no me dejaba dormir, y me puse irritable y febril. Una madre no hubiera sido más constante, más paciente ni más solícita a mis necesidades que aquel fiel muchacho indio. Recurrió a todos sus sencillos remedios, y aún así la pierna empeoraba, y muy a su pesar se fue convenciendo de que el caso se le iba de las manos. Cuando el dolor me daba tregua y él me creía dormido, lo miraba consultar su talismán con inequívoca ansiedad. De algún modo parecía reconfortado por el talismán, y se ponía más animoso.

Al tercer día apareció una supuración en el tobillo, y el dolor y la hinchazón disminuyeron. A la mañana siguiente escarbé la herida, y para mi sorpresa, extraje una esquirla de la piedra que había sido la causa de todos mis males. A partir de ese momento empecé a mejorar, y pronto pude moverme sin dificultad.

Me entretuve pescando en el río, donde había grandes cantidades de un vigoroso pez, cuyo tamaño variaba de diez a dieciséis pulgadas de longitud, de color rojizo y muy voraces. Hacia el atardecer, cuando las moscas pululaban cerca de la superficie, los peces saltaban como truchas, y mantenían la poza bullente con sus ágiles saltos en pos de sus presas. Inventando señuelos mejoré la escasa experiencia que había tenido en la pesca con mosca, y Antonio se sorprendió al conocer este artilugio, nuevo para él, de las artes piscatorias. Estos peces, y algún ocasional pavo salvaje, este último de carne dura e insípida, eran casi nuestro único alimento. Los patos, zarapitos y chorlitos, tan comunes en la vecindad de las lagunas, eran aquí desconocidos, y en vano aguzamos el oído a la espera del

canto de la chachalaca. Sin embargo, había cantidad de aves canoras, y otras de vistoso plumaje, pero no eran buenas para comerse. Miré algunos búhos, y de vez en cuando un gran gavilán se posaba gravemente entre los árboles que pendían sobre la poza. También había ardillas grises merodeando entre las ramas, por encima de nuestras cabezas. pero el follaje era tan tupido que pude cobrar un solo espécimen. En una ocasión un tropel de monos se desplazó por la copa de los árboles rumbo a robar plátanos, pero una descarga de perdigones, que mató a dos de ellos, bastó para disuadirlos de hacer una segunda visita. Eran de una variedad pequeña. cuerpo negro, cara blanca, y bigotudos como el leopardo. Antonio cocinó uno de ellos en la arena; pero se parecía tanto a un bebé chamuscado que una vez ví

i que sacaban de un incendio en la calle Ann, que no me atreví a probar bocado. Y así fue que mi indio gozó a sus anchas el monopolio del mono.

Pero el incidente más excitante de nuestra estadía en las riberas del Tirolas fue uno que no puedo recordar sin que me venga un ataque de risa, si bien en aquel momento no me pareció tan divertido. Entre los animales salvajes más comunes en América Central está el pecarí, que a veces llaman "cerdo mexicano: pero se le conoce mejor con el nombre español de saíno. Hay otro animal algo parecido al pecarí, supuestamente es el cerdo común que se hizo salvaje; lo llaman jabalí los españoles, y waree los miskitos. Si este último no es originario de estas tierras, ciertamente ha proliferado mucho, pues pulula en todas las regiones densamente arboladas del país. Se parece mucho al jabalí de Europa, y aunque de menor tamaño, parece ser igual de feroz. Andan en manadas, y no son muy exigentes en cuanto a su alimento, pues engullen con apetito culebras y reptiles de toda clase. Tienen además un sano gusto por las frutas, en especial por los plátanos y bananos, y serían un verdadero azote para las plantaciones si pudiesen quebrar los vástagos que tienen frutas. incapaces de hacer esto, no obstante, visitan regularmente las plantaciones, con la esperanza de hallar una cepa derribada y darse un festín con los racimos caídos.

Tras estas revelaciones sobre el carácter y costumbres de estos animales, el lector estará mejor calificado para apreciar el incidente que contaré aquí. Era una tarde agradable; yo había salido a pasear con mi escopeta, rumbo al platanar; me detenía de vez en cuando para escuchar el aflautado canto de algún pájaro oculto, o para contemplar una colorida lagartija, refulgente entre las grises piedras. Y así paseando despreocupado, atrajo repentinamente mi atención un ruido peculiar como si algún animal, o más bien muchos animales, estuviesen comiendo. Me detuve y miré por todas partes para descubrir la causa, y al cabo mis ojos se posaron en lo que de pronto creí que era un cerdo de muy tentadoras proporciones. Se movía despacioso, con el hocico pegado al suelo, como buscando qué comen Sin quitarle los ojos de encima levanté con cuidado la escopeta y disparé. Estaba cargada con perdigones, y aunque el animal cayó, se levantó de

inmediato y emprendió la huida. Naturalmente, fui tras él, con la intención de terminar el trabajo con mi cuchillo, pero no había dado diez pasos cuando todo a mi alrededor, troncos, piedras y arbustos, parecían haberse convertido en cerdos. Pm- todas partes asomaban cerdos, con los lomos erizados y unos colmillos de aterradora longitud. Al instante comprendí el peligro en que me hallaba; a duras penas tuve tiempo para treparme a un árbol, menudo y frágil, cuando ya ellos estaban al pie. Nunca olvidaré la maligna mirada de sus ojillos como cuentas de collar, cuando rondaban la percha en que me hallaba y que en vano intentaban morderme los talones. Aunque me sentía muy a salvo, discretamente trepé más arriba, y firmemente posado en mi asiento, tomé revancha disparando una descarga de perdigones a la cara del más feroz de mis asaltantes. Este insulto sólo valió para excitar más a los animales, que en torno al árbol rechinaban los dientes y echaban espumarajo, en un perfecto paroxismo de rabia porcina.

Enseguida cargué con balas los dos cañones de mi escopeta, y deliberadamente les disparé otros dos tiros a la cabeza, matándolos en el acto, con la vana idea de que así dispersaría a la manada. Pero nunca hubo hombre más equivocado. Los sobrevivientes olisquearon por un momento a sus compañeros muertos y luego renovaron su feroz asedio a mi posición. ¡Algunos se sentaron en sus cuartos traseros, como para hacerme saber que intentaban esperarme y que no tenían ninguna prisa! Volví a cargar la escopeta y atiné a matar dos de los más corpulentos y malignos. Pero aún así, no dieron señal de retirada. Al contrario, parecía como si del propio suelo brotaran más refuerzos, y que mis acechadores a cada momento fuesen más numerosos.

No puedo decir cuánto pudo haber durado, pero Antonio, alarmado por mis repetidos disparos, se apresuró a rescatarme. Tan luego mis asaltantes vieron su figura morena, se abalanzaron contra él con vehemente prisa. Él los evadió trepándose a una roca, y entonces dio comienzo la más extraordinaria y peligrosa contienda. Nunca un batallón de soldados veteranos atacó a un enemigo con más perseverancia que aquellos cerdos salvajes. El indio no llevaba más arma que una lanza, pero con cada lanzazo abatía un cerdo. Alarmado por temor de que terminaran venciéndolo, aclamé sus triunfos y mantuve fuego cerrado para distraerlos. Me avergüenza decir cuántos fueron los cerdos que matamos; baste agregar que fue mucho después de oscurecer que las bestias se decidieron a partir sin devorarnos. Y fue con una rotunda sensación de alivio que los oímos retirarse, hasta que el último gruñido se perdió a lo lejos.

Hubo un momento en que las probabilidades estuvieron claramente en contra nuestra, y no parecía imposible que el artista y sus aventuras pudiesen llegar a un lastimoso y nada poético fin. Pero la suerte nos favoreció, y mi fiel

escopeta cuelga ahora sobre mi mesa entre colmillos de jabalí, triunfales trofeos de aquella cruenta arena. En vez de que nos comieran, nos los comimos, y en eso consiste la diferencia; pero en lo sucesivo fui siempre muy cauteloso con los waree.

Fiel a su promesa, al anochecer del décimo día el muchacho paya llegó a nuestro campamento, anunciándose con un gran grito de júbilo. Sus amigos venían a la zaga, y dijo que llegarían en la tarde siguiente. Estos eran cinco hombres, sobrios y silenciosos. Levantaron su campamento aparte, y en vano procuré entablar conversación con ellos. Exhibieron gran acierto en empacar nuestros enseres en sacos de arpillera, que luego cargaron a la espalda sujetándolos con bandas que se ceñían a la frente. No usaban más ropa que el *tournou*, a menos que las sandalias de cuero de tapir y el sombrero de ala angosta, tejido de corteza de palma, formen parte de lo que se denomina ropa. Además del saco de arpillera, llevaba cada uno un peculiar machete, corto y de hoja curva como un cuchillo de jardinería, y sólo uno o dos de ellos portaba arco.

Fue con verdadero pesar que dejé nuestro campamento al lado de la lucida poza, y abandoné mi antigua y ya familiar canoa, en cuyos lados grabé, como genuino Yankee,²² mi nombre y las fechas de mis aventuras. Más de una vez me volví a mirar atrás cuando nos alejábamos por el sendero boscoso que conduce a las montañas. Los indios iban al frente, y Antonio y yo a la retaguardia. "El Moro: posado sobre el bulto más alto, chillaba y sacudía sus alas, y cada tanto bajaba a darle un travieso mordisco en la oreja al indio que lo cargaba. Cada vez que lograba cumplir esta su hazaña se ponía sumamente feliz y contento. A falta de mejor diversión, a veces se colgaba de la arpillera con una sola pata, y así se estaba, como pájaro muerto, con las alas caídas y la cabeza colgando, para después trepar de pronto otra vez a su percha, dando gritos de triunfo. ¡Vaya pájaro curioso y retozón ese tal Moro!

En el primer día de viaje, nuestro curso siguió una línea casi paralela a la base de las montañas, a través de una densa floresta enmarañada. Cruzamos innumerables riachuelos angostos y rápidos, con sus aguas límpidas brillando sobre un lecho de variopintos guijarros de cuarzo, pues estábamos bordeando una de las grandes cordilleras de rocas primigenias que forman el núcleo del continente. Mi largo confinamiento en la canoa había contribuido a inhabilitarme para hacer esfuerzos grandes, pues mucho antes del anochecer ya me sentía hartamente agotado, y de buen grado me hubiese vuelto al campamento. Pero los indios iban tan tranquilos con sus cargas, que no quise revelarles mi flaca resistencia y seguí

²² En español se aplica este término a todos los ciudadanos anglo-salones de los EE.UU.; no así en los EE.UU. mismos, donde denota exclusivamente a los habitantes de los estados del norte de dicho país. Llamar Yankee a un sureño, aún hoy, es una grave ofensa. En tiempos de Squier, las tensiones entre el norte y el sur se hallaban en un punto crítico, debido al sistema de esclavitud imperante en los estados del sur.

caminando sin proferir queja. Por la tarde nuestro sendero empezó a ascender; gradualmente surgimos de los tupidos bosques enmarañados a una floresta comparativamente abierta que, a su vez, daba lugar a ralas alamedas de pinos y robles, entre los cuales acampamos para pernoctar.

Desde nuestra elevada posición podía ver el panorama que habíamos atravesado durante el día. Era esa estación del año en que la erythrina²³ se cubre con su manto de capullos escarlatas y la ceiba se viste de llamaradas, en esplendoroso contraste contra el verde predominante. Parecía como si la naturaleza celebrase un gran día de fiesta entre aquellas soledades primigenias, y se engalanaba sólo para refocilarse en la sensación de su propia belleza. Pero mientras la vegetación era lozana y exuberante en el valle, tras nosotros las montañas se erguían severas, altivas y desnudas. Los oscuros pinos, aferrados a



sus laderas, en vano intentaban cubrir su pétreo ceño. Dondequiera que una pequeña saliente rocosa albergaba un exiguo lecho de tierra, allí la hierba de montaña y la sensitiva de amarantinas flores se arraigaban como pensamientos bondadosos en el corazón del hombre duro y mundano. De los robles retorcidos y aun de los perennes pinos colgaban grandes festones de musgo gris, que se mecían tristemente con el viento. Y cuando, al caer la noche, me eché junto a la hoguera, bajo sus sombras, me parecían murmurar con voz suave y doliente a la

²³ Elequeme.

brisa que pasaba, la que, cargada de los perfumes del valle, se elevaba con tersas alas para llevar al cielo su tributo de incienso.

Rompió la mañana, pero era oscura y sombría; y aunque reanudamos la marcha siguiendo un curso diagonal por la ladera de la montaña, nos vimos obligados a detenernos antes del mediodía a buscar refugio bajo un alero de enormes rocas, a causa de la lluvia menuda y fría que empezaba a caer pesadamente, con amagos de convertirse en un prolongado temporal. Las nubes corrían a baja altitud y avanzaban inexorables por todo alrededor en densas y sombrías masas, ocultando a nuestros ojos cuanto había, excepto los pinos y los enclenques robles, con su ropaje monástico y gris, ahora saturado y pesado de humedad. Pusimos nuestros escasos bienes a resguardo bajo las rocas. Encendimos un fuego, no menos por su calor que por hacernos compañía. La retozona llama y el fulgor de sus brasas reavivaron mi decaído espíritu y me ayudaron a reconciliarme con el confinamiento que el temporal de seguro nos impondría. Me es fácil entender que el fuego haya sido para el hombre primitivo emblema de pureza y de poder, y que se haya convertido en símbolo del espíritu y de aquellas esencias invisibles que habitan el universo. Dios se envolvió en llamas en el Sinaí; en lenguas de fuego descendió el Espíritu sobre los discípulos en Jerusalén; un fuego eterno ardía en los altares de la virginal Vesta y en la Pirotea persa; al fuego se entregaban los sacrificios propiciatorios, y por la ordalía del fuego se manifestaba la pureza y la inocencia. Entre los indios americanos se profesaba al fuego especial reverencia. Los indios Delaware y los Iroqueses celebraban festivales en su honor, y lo consideraban el padre primigenio de las naciones indígenas. Los Cherokee cumplían sus devociones al "grande, benéfico, supremo y sagrado Espíritu del Fuego," cuyo hogar estaba en los cielos, y moraba también en la tierra, en los corazones de los "impolutos:* Y aun los toscos indios que se apretujaban conmigo bajo las rocas protectoras en el corazón de la jungla, jamás daban comienzo a su frugal comida sin antes lanzar una pequeña porción de ella al fuego, como ofrenda al protector Espíritu de la Vida, al cual sirve de símbolo.

El temporal duró tres días, que fueron de lluvia casi incesante. Hacía tanto frío, que para confortarnos fue necesario mantener constante un gran fuego. Al cabo de esos tres días las nubes empezaron a disiparse y el sol penetró en los desfiladeros dispersando las acuosas legiones. Pero las rocas estaban resbalosas por la humedad; y la tierra, doquiera que se encontraba entre rocas, estaba empapada e inestable, haciendo nuestro avance desagradable y peligroso. Así pues, permanecemos hasta la mañana del cuarto día, cuando reanudamos nuestra marcha.●

NACIONAL

Comprende los departamentos de Chinandega, León, Managua, Carazo, Masaya, Granada, Rivas, Boaco y Chontales; estos dos últimos por razones históricas ya que formaron parte del departamento Oriental.

Su carácter nacional lo imparte la presencia en Managua el gobierno nacional y por albergar las ciudades españolas de León y Granada. Nueva Segovia, la tercera ciudad española, hoy son las ruinas de Ciudad Vieja en el departamento de Nueva Segovia.

Por los numerosos ensayos que comprende está formado por la sección Ensayos, que pueden tratar de cualquier tema nacional. Los ensayos de Ciencias Sociales, Ciencias Naturales y Ciencias Formales son también ensayos nacionales.



La Región del Pacífico, por ser la sede el gobierno nacional y por el peso histórico de su población, según el censo de 2005, de 3,720,951 habitantes que representa el 72.36% del país. Incluimos en la Región del Pacífico a los departamentos de Boaco, Chontales y Río San Juan por estar históricamente ligados a Granada y formar parte del departamento Oriental hasta la emisión de La ley de 24 de agosto de 1858.

La Región el Pacífico forma, junto con Las Segovias y la Costa Caribe, el total del país. Sin embargo, por su importancia y papel histórico, y ser la sede del gobierno nacional, hemos agrupado en esta sección tanto los ensayos de la región del Pacífico como los de carácter nacional. Por ejemplo, Rubén Darío pertenece a la región del Pacífico, pero tiene carácter nacional. César Augusto Sandino peleó en las Segovias, pero por tener carácter nacional, es incluido en esta sección.●